

ACTO II.

ESCENA PRIMERA.

Un puerto de mar de Chipre. Una plaza grande cerca del muelle.

Salen MONTANO *y dos* CABALLEROS.

MON. ¿Qué en alta mar se avista desde el cabo?

CAB. 1.º Nada descubro: la tormenta arrecia,
Y entre el cielo y el piélagos no logro
Ver una sola vela.

MON. Se me antoja
Que sopla en tierra rudamente el viento:
No sacudió jamás nuestras murallas
Más fuerte temporal. Si ha alborotado
Del mismo modo en alta mar, ¿qué quilla
De roble habrá que en trozos mil no salte,
Cuando sobre ella montes se derriten?
¿Qué resultas tendrá?

CAB. 2.º Sin duda alguna,
La dispersion de la turquesca armada:
Pues acercaos á la espumosa orilla;
Las fieras olas á las nubes suben,
Del viento sacudida, la onda arroja
Al parecer su líquida melena
Rugiente, enorme sobre la osa ardiente,
Cual si apagar quisiera los fanales
Del polo siempre fijo. No ví nunca

Perturbacion igual en mar airado.

MON. Pues si no se ha ensenado en puerto ó cala
La armada turca, ha zozobrado cierto:
Es imposible que se tenga á flote.

Sale otro CABALLERO.

CAB. 3.º Nuevas, amigos: remató la guerra.
La airada tempestad cascó á los turcos
Con furia tal, que cejan en su empeño.
Una gallarda nave de Venecia
Vió naufragar, y en avería grave,
La mayor parte de su armada.

MON. ¿Es cierto?

CAB. 3.º La nave ya aportó; y es Veronesa.
Ya echó pié á tierra un cierto Miguel Casio;
Teniente del bizarro moro Otelo.
El moro mismo está embarcado y viene
Con rumbo á Chipre con poderes ámplios.

MON. Digno gobernador: me alegro mucho.

CAB. 3.º Pero este Casio, aunque habla tan contento
Del daño de los turcos, está triste,
Y al cielo pide que se salve el moro,
Pues separóles tempestad violenta.

MON. Dios le valga. Á sus órdenes estuve;
Y el hombre manda como buen soldado.
Vámonos á la playa, con objeto
De ver la nave que de entrar acaba,
Y escudriñar el mar, de Otelo en busca,
Aun hasta el punto en que su seno frio
Con el etéreo azul se funde en uno.

CAB. 3.º Partamos, pues; que á cada breve instante
Hay que esperar algun arribo nuevo.

Sale CASIO.

CAS. Gracias, valientes de esta fuerte isla,
Que tanto al moro amais. Benigno el cielo
Contra los elementos déle amparo,
Pues le perdí de vista en mar temible.

MON. ¿Lleva buen bastimento?

CAS. Su navío
Está bien carenado, y su piloto
Es navegante experto y competente.
Por tanto, mi esperanza todavía,
Aún no herida de muerte, admite cura.
(Voces dentro.)

«¡Una vela! ¡una vela!»

Sale otro CABALLERO.

CAS. ¿A qué ese ruido?

CAB. 2.º El pueblo está desierto, y en la playa
Amontonada está la gente y grita:
«Una vela.»

CAS. Me dice la esperanza
Que es el gobernador. (Se oyen disparos.)

CAB. 2.º ¿No oís la salva?
Amigos son al ménos.

CAS. Yo os suplico
Que os informéis quién es el que ha llegado.

CAB. 2.º Al punto voy. (Váse.)

MON. Decidme, mi teniente:
¿Está casado vuestro jefe, el moro?

CAS. Y con gran suerte; pues logró una dama
Que en vano á describir la fama aspira;
Supera en hermosura los elogios
De lisonjeras plumas, y en riqueza
De naturales galas vence al arte.

Vuelve á salir el CABALLERO 2.º

Decid ¿quién ha arribado?

CAB. 2.º Es un tal Yago,
Del general alférez.

CAS. Ha tenido
Rápida y favorable travesía.
Las tempestades y los gruesos mares,
Los vientos bramadores, las arenas
Amontonadas, y estriadas rocas,

Traidores encubiertos para daño
De la inocente quilla, cual tuvieran
Sentido de lo bello, un breve instante
Su natural mortífero olvidando,
Dejaron á Desdémona divina
Libre y seguro el paso.

MON. ¿Y quién es ella?

CAS. La de quien os hablé, la capitana
De nuestro capitan, quien al cuidado
Dejó su conduccion del bravo Yago,
Cuya llegada aquí anticipa al ménos
En siete dias nuestras esperanzas.
Gran Dios, á Otelo ampara, y con tu soplo
Omnipotente su velámen hincha,
Y haz que bendiga su gallarda nave
Pronto esta playa, y como amante tierno
En brazos de Desdémona suspire,
Avive el fuego en nuestras almas tibias,
Y alivio á Chipre dé.

*Salen DESDÉMONA, EMILIA, YAGO, RODRIGO
y acompañamiento.*

¡Mirad, miradla!

A tierra echó la nave sus riquezas;
Nobles de Chipre, arrodillaos humildes;
Salve, señora, y que el amor del cielo
Por todas partes sin cesar te siga
Y te rodee.

DES. Valiente Casio, gracias.

¿Qué nuevas podeis darme de mi esposo?

CAS. Aún no ha llegado: sólo sé deciros

Que se halla bien y que estará aquí en breve.

DES. No obstante, temo... ¿Cómo os separasteis?

CAS. Del cielo y de la mar la fiera lucha

Nos separó.

(Voces dentro «¡Una vela! ¡Una vela!» Se oyen disparos.)

¿No oís? Es una vela.

CAB. 2.º A la playa tributa su saludo.

Tambien amigos son.

CAS. Ved qué hay de nuevo.
(Váse un caballero.)

Alférez, bien venido; y vos, señora. (A Emilia.)

Buen Yago, no os apure la paciencia

La libertad que tomo; mi crianza

Tolera tan cortés atrevimiento. (Besa á Emilia.)

YAGO. Si os regalara con sus labios tanto
Como á mí con su lengua muchas veces,
Tuvierais hartó.

DES. No se la oye apénas.

YAGO. De sobra, á fe. Yo bien lo advierto cuando
Me acosa el sueño. Cuando está presente
Vuestra merced, sin duda se domina,
Y con el pensamiento solo riñe.

EMI. ¡Cual si tuvierais vos razon de queja!

YAGO. Calla: dechados sois fuera de casa;
Sonajas en la sala; en la cocina
Gatas montesas; cuando haceis agravio,
Santas; cuando ofendidas, diablos; tardas
En el menaje, y en la cama activas.

DES. Calumniador.

YAGO. Es cierto lo que digo:
Os levantais para jugar, y al lecho
Os vais á trabajar, y os viene estrecho.

EMI. No escribirás mi elogio.

YAGO. No, más vale.

DES. ¡Qué escribieras de mí si me elogiaras?

YAGO. No me reteis á duelo tal, señora,
Pues nada soy si criticar no puedo.

DES. Vamos, probad.—¿Fuése uno al puerto?

YAGO. Fuése.

DES. No estoy alegre; es que tan sólo escondo
Bajo aparente gozo mi zozobra.

Sepamos qué dirás en mi alabanza.

YAGO. Lo estoy pensando; pero mi inventiva
Como liga de frisa se desprende
De mi cabeza: arranca seso y todo.

Mi musa está de parto, y esto pare.

«Si es de alba tez y lista, su hermosura

Engendra gozo que discreta apura.»

DES. No es mal elogio. ¿Y si es morena y lista?

YAGO. «Siendo morena y lista, esté segura

Que á un blanco hechizará su donosura.»

DES. ¡Peor! ¡peor!

EMI. ¿Y si es hermosa y necia?

YAGO. «Jamás fué necia la que fuera hermosa;

Pues la más necia logra ser esposa.»

DES. Estas son viejas paradojas de mal gusto
con que se divierten los tontos en las tabernas.

¿Qué miserable elogio tendrás para la que es
fea y necia?

YAGO. «Ninguna hay á la vez tan necia y fea

Que al fin de amor no triunfe en la pelea.»

DES. ¡Oh crasa ignorancia! Elogias más á la que

vale ménos. ¿Pero qué elogio tributarás á la

buena mujer, la cual, con la autoridad de su

virtud, obligara á la malicia misma á recono-

cer su bondad?

YAGO. «La que fué hermosa siempre, y nunca vana,

Que tuvo lengua y no de usarla gana,

Que, rica, no gastó lujoso arreo,

Que tuvo la ocasion y no el deseo,

La que ofendida, y la venganza á mano,

Guardó la ofensa y no rencor insano,

La que jamás trocó con ligereza

La cola del salmon por la cabeza,

Medita mucho y loca no delira,

Ven que la siguen y hácia atras no mira,

Fuera, si se encontrara, asaz discreta.

DES. ¿Y en qué la emplearias?

YAGO. En criar necios y en hacer calceta.

DES. ¡Oh tristísima é impotente conclusion!

Emilia no te dejes guiar por él aunque sea tu

marido. ¿Qué decís, Casio? ¿No es por demas

profano y desvergonzado este hablador?

CAS. Habla claro, señora: os agradará más como soldado que como letrado.

(Desdémona y Casio hablan aparte.)

YAGO. (Aparte.) La coge de la mano: bien, bien; cucichead; me basta esa pequeña red para entrapar á una mosca tan grande como Casio. Mirala y sonriete, anda; ya te sabré coger en el lazo de tu propia galantería. Teneis razon; en efecto, así es. Si con tales mañas consigues perder tu empleo de teniente, más te valiera no haber besado tantas veces tus tres dedos, con los cuales estás á punto de volver á hacer el galante. ¡Magnífico! bien besado, ¡brava cortesía! Así es, en efecto. Y vuelta con llevar los dedos á la boca. Por causa tuya quisiera que fueran tubos de geringa. (Suena una trompa.) El moro. Conozco su señal.

CAS. Él es, por cierto.

DES. Salgamos á su encuentro á recibirle.

CAS. Ved donde viene.

Sale OTELO y acompañamiento.

OT. ¡Oh mi guerrera linda!

DES. ¡Otelo mio!

OT. Grande cual mi contento es mi sorpresa

Al verte aquí tan pronto. ¡Oh dicha mia!

Si á toda tempestad tal calma sigue,

Vientos, soplad y despertad la muerte,

Naves subid los cerros de las olas

Altas como el Olimpo, y sumergíos

Luego en el seno de profundas simas

Hondas como el infierno ¡Ay! si muriera,

Feliz en este instante moriria!

Mi pecho está tan colmo de ventura,

Que temo que el destino misterioso

Otra como ésta para mí no guarda.

DES. ¡Ay! ¡no permita Dios que nuestra suerte

Y nuestro amor no crezcan á medida
Que aumenten nuestros años!

Ot. ¡Dios lo quiera!
Me falta aliento para dicha tanta;
Me roba el habla: es por demas mi gozo.
¡Ay! sean las mayores disonancias
Que entre nosotros suenen, estos besos! (La besa.)

YAGO. (Aparte.)
Estais aún bien templados; pero pronto,
Honrado y todo, aflojaré las llaves
Que templan esta música.

Ot. Partamos:
Vámonos al castillo. Amigos míos,
No hay guerra ya; los turcos perecieron.
Decid: á mis antiguos camaradas
¿Qué tal les va?—Mi bien, tendrás en Chipre
Buena acogida. Gran merced me hicieron.
Hablo sin ton ni son, amada mía;
Tanta felicidad me vuelve loco.
Buen Yago, te lo ruego, ve á la playa;
Mis cofres desembarca, y al castillo
Lleva al piloto que es marino diestro,
Y es menester premiar su valentía.
Desdémona, venid, y bien hallada,
Una vez más, en la guerrera Chipre.

(Vánse Otelo, Desdémona y acompañamiento.)

YAGO. Ve en seguida al puerto, y espérame allí.
Ven acá. Si eres valiente (y dicen que hasta los
cobardes, cuando están enamorados, adquieren
brios que no les son propios) escucha. El te-
niente estará de guardia esta noche en el patio
del castillo;—pero ante todo es menester que te
diga que Desdémona está perdidamente ena-
morada de él.

Rod. ¿De él? Imposible.

YAGO. Pon el dedo así, y déjate aconsejar. Piensa
con qué vehemencia se enamoró del moro, sólo
por fanfarronear, y porque le contó cuatro men-

tiras fantásticas. ¿Y crees tú que seguirá amándole por su charla? Sé discreto y desengáñate. Sus ojos piden halago: ¿y qué deleite podrá hallar en contemplar al demonio? Cuando la sangre se entibia á fuerza de gozar, ha menester, para volver á encenderse y dar á la saciedad nuevo apetito, hallar belleza en las formas, simpatía en los años, costumbres y encantos; de cuyas condiciones todas carece el moro. Luego, por falta de estos necesarios requisitos, su tierna sensibilidad se verá engañada; empezará por hartarse, le hará ascos, y aborrecerá al moro; la misma naturaleza le enseñará, y le obligará á hacer nueva eleccion. Pues bien, sentado esto—que no es sino una hipótesis por demas evidente y natural—¿quién está tan cerca de lograr esa dicha como Casio? El tunante es listo en extremo; no tiene más conciencia que la que es menester para aparentar un exterior civil y afable, á fin de satisfacer más fácilmente sus lascivos, ocultos y locos deseos. Nadie, nadie: es un tunante de lo más sutil y tramposo que puede hallarse; sabe aprovechar las ocasiones como nadie; cuya vista descubre y falsifica favores que en realidad no existen; es la misma piel del diablo. Además, el tunante es guapo, jóven, y posee todos aquellos requisitos porque se afanan la liviandad y el poco seso: él es un pícaro redomado, y ella ya le ha echado el ojo.

ROD. No puedo pensar tan mal de ella; es de condicion virtuosísima.

YAGO. ¡Virtuosísimas narices! El vino que bebe es zumo de uvas; si fuera virtuosa, no se enamorara del moro. ¡Dale con la virtud! ¿No viste como le tectleaba la palma de la mano? ¿No lo notaste?

ROD. Sí que lo noté; pero lo hizo por cortesía.

YAGO. Por lujuria, por esta mano: no fué sino un índice y oscuro prólogo de la historia de su lascivia y livianos pensamientos. Juntaron tanto sus labios que sus alientos se abrazaron. Abri- gan pensamientos livianos, Rodrigo. Cuando estas intimidades empiezan á despejar el cami- no, muy de cerca les sigue la obra definitiva, la conclusion carnal. Calla, y déjate guiar por mí; yo soy quien te trajo de Venecia. Montarás guardia esta noche: yo te designaré tu puesto. Casio no te conoce. Yo no estaré léjos. Busca tú alguna ocasion de enojar á Casio, ya sea hablando demasiado alto, ya criticando su dis- ciplina, ó bajo cualquier otro pretexto de que á debido tiempo pudieras echar mano.

ROD. Bien.

YAGO. Es de genio muy vivo, y se enfada pronto, y fuera fácil que te pegara; provócale con tal objeto; pues me basta esa reyerta para hacer que se amotinen estos chipreños, los cuales no se apaciguarán hasta haber logrado la destitu- cion de Casio. De esta suerte acortarás el ca- mino que te ha de conducir al logro de tus de- seos, merced á los medios que tendré para favorecerte; y lograremos vencer el estorbo, sin cuyo vencimiento no tendríamos esperanza de éxito.

ROD. Lo haré, si la ocasion me fuera favorable.

YAGO. No lo dudes. Te espero luego en la ciuda- dela. Es menester que traiga su equipaje á tier- ra. Dios te guarde.

ROD. Adios. (Váse.)

YAGO. Tengo por cierto que la adora Casio;
Y es lógico y probable que ella le ame.
Por más que le aborrezco, es hombre el moro
De amable condicion, constante y noble,
Y hallará en él Desdémona, sin duda,
Un tierno esposo. A fe, tambien la quiero;

No con lascivo intento—aunque el pecado
 Tal vez menor no sea en que ahora incurro—
 • Más bien por dar sustento á mi venganza,
 Porque sospecho que el lascivo moro
 Anduvo en mi cercado: cuya idea
 Como un veneno mis entrañas roe;
 Y nunca me daré por satisfecho
 Hasta lograr cumplida mi venganza,
 Esposa por esposa; ó á falta de eso,
 He de tratar de atormentar al moro
 Con celos tan feroces, que no logre
 Curarle la razon. Con cuyo objeto,
 —Si es que este pobre galgo de Venecia,
 Que estoy cebando porque caza listo,
 La pista sigue—agarro por la nuca
 A Miguel Casio, y le delato al moro
 Por seductor infame—pues confieso
 Que temo á Casio áun con mi propia esposa—
 Haré que el moro agradecido me ame,
 Y á más me premie por lograr astuto
 Hacerle hacer papel de burro insigne,
 Y turbar su quietud y su reposo
 Hasta volverle loco.—Aquí lo tengo;
 En ciernes, y aún confuso: la vileza
 Sólo en accion descubre su torpeza. (Váse.)

ESCENA II.

Una calle.

Sale un HERALDO con una proclama; el pueblo le sigue.

HER. Es la voluntad de Otelo, nuestro noble y valiente general, que, en vista de las fidedignas noticias que acaban de ser recibidas, anunciando la completa pérdida de la armada turca, dé libre vuelo cada cual á su júbilo, unos bai-

lando, otros encendiendo hogueras, ó bien con la diversion y regocijo que á cada cual le sugiera su inclinacion; pues, á más de tan fausto suceso, celebra hoy sus nupcias. Esto es lo que por su mandato se proclama. Todas las salas del castillo estarán abiertas, y hay completa libertad para festejar desde la hora presente de las cinco hasta que la campana haya repicado las once. Dios guarde la isla de Chipre y á nuestro noble general Otelo. (Vánse.)

ESCENA III.

Una sala del castillo.

Salen OTELO, DESDÉMONA, CASIO *y* *acompañamiento*.

OT. Mi buen Miguel, atiende tú á la guardia
Del castillo esta noche: practiquemos
La saludable máxima que enseña
A poner freno al gozo.

CAS. Ya dí á Yago
Las oportunas órdenes; no obstante
Con estos ojos velaré por todo.

OT. Yago es honrado con extremo. Casio,
Buenas noches: Mañana á primer hora
Tengo que hablarte.—Ven, querida mia:
Sigue á la compra el goce de la hacienda:
Y aún no gozamos de ella, dulce prenda.
Buenas noches.

(Vánse Otelo, Desdémona y acompañamiento.)

Sale YAGO.

CAS. Bien venido, Yago: es fuerza acudir á la guardia.

YAGO. Falta una hora todavía, mi teniente; aún no son las diez. El general nos ha abandonado tan pronto por amor de su Desdémona; y no se

lo podemos tomar á mal, pues aún no ha pasado la noche con ella, y á fe que es digna de Júpiter.

CAS. Es una mujer deliciosa.

YAGO. Y apostaré la cabeza que es más retozona que un cabrito.

CAS. Es verdad que no puede ser más fresca ni más delicada.

YAGO. ¡Qué ojos tiene! Parece que tocan un parlamento de provocacion.

CAS. Si; tiene ojos que convidan; y sin embargo su mirada es asáz modesta.

YAGO. Y cuando habla, ¿no suena su voz como un llamamiento al amor?

CAS. A fe que es la perfeccion misma.

YAGO. ¡Dios bendiga su tálamo! Venid, mi teniente; tengo un barrilito de vino, y allá fuera hay un par de galanes de Chipre que de buena gana vaciarán una botella á la salud del negro Otelo.

CAS. Esta noche no, buen Yago: tengo una cabeza desdichada para la bebida. ¡Ojalá inventara la cortesanía otro modo de entretenerse!

YAGO. Bah, son amigos nuestros; una copa nada más, yo beberé por vos.

CAS. No he bebido esta noche mas que una sola copa, y esa bastante aguada, y mira que novedad produce en mí: desgraciadamente tengo esa debilidad, y no me atrevo á cargar mis débiles fuerzas con más.

YAGO. Callad, es noche de broma; esos galanes lo desean.

CAS. ¿Dónde están?

YAGO. Allá afuera. Decidles que entren, os ruego.

CAS. Lo haré; pero lo hago de mala gana. (Váse.)

YAGO. Logro hacerle beber sólo una copa,

Con lo que ya ha bebido por la tarde

Se pondrá pependenciero y más rabioso

Que un gozquecillo. El buen Rodrigo, el asno,
 A quien amor ha trastornado el juicio,
 Ha libado esta noche largo y hondo
 A la salud de su gentil Desdémona;
 A él le toca la guardia. Tres galanes
 Chipreños, bravos mozos y valientes,
 Celosos de su honor, la flor y nata
 De la guerrera Chipre, á quien los cascos
 He calentado ya con sendas copas,
 Están tambien de guardia. Entre esta trinca
 De borrachos haré que loco Casio
 Cometa alguna accion que á la isla agravie.
 Mas calla, que aquí vienen.—Si propicio
 Favor me presta el éxito, mi idea
 Navegará con viento y con marea.

Vuelve á salir CASIO con MONTANO y otros CABALLEROS: Uegan CRIADOS con vino.

CAS. ¡Por vida!... ya me han dado un meneo.

MON. Bien poca cosa ha sido: una botella escasa,
 á fe de soldado.

YAGO. ¡Hola! ¡vino acá! (Canta.)

*Con las copas chocad; retintin,
 Con las copas chocad; retintin,
 El soldado es mortal,
 Y la lid es fatal;
 Pues que beba el soldado sin fin.*

¡Vino, muchachos!

CAS. ¡Brava cancion, vive Dios!

YAGO. La aprendí en Inglaterra, en donde, á
 fe, hay valientes bebedores. Vuestro danés,
 vuestro aleman y vuestro panzudo holandés—
 ¡vino acá!—nada valen comparados con vuestro
 inglés.

CAS. ¿Acaso es tan experto bebedor vuestro
 inglés?

YAGO. Con la mayor facilidad os dejará al danés debajo de la mesa; no ha menester sudar para tumbar á vuestro alemán; y ántes de vaciar otra botella, hará echar las tripas á vuestro holandés.

CAS. A la salud del general.

MON. Soy con vos, mi teniente, y os haré justicia.

YAGO. ¡Oh querida Inglaterra! (Canta.)

*Estéban fué un rey nóble y caballero;
Costabanle sus calzas un Roblon:
Doliále el gastar tanto dinero,
Y regañaba al sastre por ladron.*

*Y él fué un monarca grande y poderoso;
Tú no eres sino un mísero gañan;
Más de uno se perdió por orgulloso;
Pues ponte el capoton de baragan.*

¡Hola! ¡vino acá!

CAS. Esta cancion es mejor que la otra.

YAGO. ¡La quereis oír otra vez?

CAS. No; porque creo que quien tales cosas hace es indigno de su empleo. Lo dicho: Dios está sobre todo; hay almas que se salvarán y almas que no se salvarán.

YAGO. Decís verdad, mi teniente.

CAS. Por mi parte, sin ofender al jefe, ni á ninguna persona principal, espero que me salvaré.

YAGO. Yo tambien lo espero, mi teniente.

CAS. Sí, pero con vuestro permiso, no primero que yo; es menester que el teniente se salve ántes que el alférez.—Basta ya de eso. Cada cual á su puesto.—¡Perdónanos nuestros pecados! —Caballeros, á nuestros negocios.—No penseis, señores, que estoy borracho: este es mi alférez; esta es mi mano derecha, y esta es mi mano izquierda; no estoy borracho, os digo;

ya veis que ando bien, y hablo bastante acorde.
 TODOS. Perfectamente.

CAS. Pues sí, perfectamente. No penseis, pues, que estoy borracho. (Váse.)

MON. Vamos á la esplanada á montar guardia.

YAGO. ¿Veis á ese mozo que se fué hora mismo?
 Digno es de estar al lado del gran César,
 Y de mandar. Ya veis que vicio tiene;
 Y ese es de su virtud el equinoccio.
 Los dos iguales son; ¡lástima grande!
 Temo que á Chipre pueda ser funesta
 La confianza que en él pone Otelo,
 Si en hora desdichada por ventura
 Le diera el mal.

MON. ¿Sucede con frecuencia?

YAGO. Todas las noches ántes de ir al lecho.
 Será capaz de no cerrar los ojos
 En horas veinte y cuatro, si no mece
 Su sueño la bebida.

MON. Bueno fuera
 Dar oportuno aviso á vuestro jefe.
 Tal vez no lo advirtió; tal vez estima
 Tan sólo la virtud que advierte en Casio,
 Y en su bondad disculpa sus errores.
 ¿No es cierto lo que afirmo?

Sale RODRIGO.

YAGO. (Aparte á Rodrigo.) ¿Qué hay, Rodrigo?
 Corred tras el teniente: pronto, vamos.
 (Váse Rodrigo.)

MON. Es de sentir, á fe, que el noble moro
 Confie á un hombre á quien domina el vicio,
 El importante cargo de segundo.
 Fuera loable accion hablarle al moro.

YAGO. A fe, no seré yo quien se lo diga;
 Pues quiero á Casio, y cualquier cosa hiciera
 Para curarle. ¡Calla! ¡Oís qué ruido?

(Voces dentro: «¡Favor! ¡favor!»)

Vuelve á salir CASIO persiguiendo á RODRIGO.

CAS. ¡Ah, pícaro, tunante!

MON. ¿Qué hay, teniente?

CAS. ¿A mí darme lecciones un villano?

Le he de matar á palos, ¡vive el cielo!

ROD. ¡Palos á mí!

CAS. Tunante, ¿aún me contestas?

(Pega á Rodrigo.)

MON. Por Dios, tened la mano, mi teniente.

CAS. Dejadme, os digo, ú os cruzaré la cara

MON. Estais borracho.

CAS. ¿A mí borracho? (Riñen.)

YAGO. (Aparte á Rodrigo.) Corre,

Y grita por doquier «motin, alarma.»

(Váse Rodrigo.)

Por Dios, teniente—que haya paz, hidalgos—

¡Favor! ¡favor!—Montano—mi teniente—

¡Favor, señores!—¡Buena guardia hacemos!

(Se oye una campana tocar á rebato.)

¿Quién toca la campana?—¡Voto al diablo!

¡Querrán alborotar al pueblo entero!

Por Dios, teneos, teniente, que es vergüenza:

Os perdeis para siempre.

Sale OTELO con acompañamiento.

OT. ¿Qué sucede?

MON. Yo me desangro, estoy de muerte herido.

(Se desmaya.)

OT. ¡Teneos, por vida vuestra!

YAGO. ¡Mi teniente,

Teneos!—¡Señor Montano—caballeros!—

¿Así olvidais lo que el deber exige?

Teneos; el general es quien os habla.

OT. ¿Qué ocurre aquí? ¿de qué nació la riña?

¿Somos turcos, acaso, y nos hacemos

Con nuestras propias manos lo que el cielo

No permitió que hiciera el otomano?
 Si sois cristianos, poned freno al punto
 A vuestro enojo bárbaro: el primero
 Que ose blandir el hierro, ó dar un paso,
 Pagará con su vida su osadía.

Que calle esa fatídica campana,
 Que arrebatara el sosiego á la isla entera.
 ¡Hidalgos, qué sucede? Honrado Yago,
 Pálido estás de pena: dilo todo;
 ¡Quién empezó? De tu lealtad lo exijo.

YAGO. Lo ignoro. Amigos eran há un instante,
 Tan cariñosos como novio y novia
 Cuando á acostarse van, y de repente
 (Cual trastornados por algun planeta)
 Desnudan las espadas y se embisten
 En contienda mortal. Decir no puedo
 Cómo empezó reyerta tan extraña.
 ¡Perdiera yo en alguna accion gloriosa
 Luchando como bueno entrambas piernas
 Que á tomar parte en ella me llevaron!

OT. ¡Qué ligereza, Casio, fué la tuya?

CAS. Os ruego, perdonadme; hablar no puedo.

OT. Soliais ser civil, digno Montano;

En vuestra juventud el mundo os daba
 Fama de hombre prudente y comedido,
 Y andaba en boca de los más sesudos
 Honrado vuestro nombre: ¡qué sucede
 Para que así empañeis el claro brillo
 De tal reputacion, ganando fama
 De reñidor nocturno y quimerista?

¡Qué cambio es este? Responded al punto.

MON. Ilustre Otelo, me hallo mal herido:

Yago, vuestro oficial, podrá informaros
 (En tañto que yo callo, pues me duele
 El mucho hablar) de cuanto sé, é ignoro
 Que haya podido cometer ofensa
 Con obra ó de palabra en esta noche;
 A ménos que no sea falta ó crimen

El conservar la vida, y defenderse
Contra violento ataque.

Or. ¡Vive el cielo!
Mi sangre empieza ya á regir mi juicio,
Y la pasion, cegando mi templanza,
Quiere usurpar el mando. Si me altero,
Si sólo llego á levantar el brazo,
Humillaré de un tajo al más valiente.
Decid cómo empezó la vil reyerta:
¿Quién promovió la lucha? ¡Ay del culpable!
Aunque mi hermano fuera, mi mellizo,
Me perderá por siempre. ¿Estais dementes?
Aquí en la fortaleza, cuando aún se oye
Ronco bramar el eco de la guerra,
Cuando los corazones de las gentes
Colmos de miedo están, ¿venir ahora
La misma guardia á perturbar el orden,
De noche, con rencillas y quimeras?
¿Es inaudito! Dime al punto, Yago,
¿Quién promovió la lid?

Mon. Si en sólo un punto,
Por ser tu amigo Casio y compañero,
Faltas á la verdad, no eres soldado.

YAGO. No me pongais en tan fatal apuro.
Primero que ofender á Miguel Casio,
La lengua me arrancara de la boca.
No obstante, tengo para mí que en nada
Le perjudico la verdad diciendo.
Así pasó, mi general: estando
El buen Montano en plática conmigo,
Un mozo se acercó favor pidiendo,
De Casio perseguido, espada en mano,
Con fiero intento; cuando se interpuso
Este hidalgo, y pidió cortés á Casio
Que se tuviera. Yo seguí la huella
Del que chillaba, porque no asustara
(Cual sucedió por fin) el pueblo á voces;
Mas, ligero de piés, burló mi intento,

Y yo volvíme al punto, habiendo oído
 Choque y rumor de espadas, y de Casio
 El renegar violento, cosa extraña
 Y nunca oída en él hasta esta noche.
 Cuando volví (pues breve fué mi ausencia)
 Hallé trabada la pendencia entre ellos
 A tajo y á revés, del mismo modo
 Que luego cuando vos los separasteis.
 Más sobre el caso no sabré deciros.
 Los hombres hombres son, y los más justos
 Suelen pecar tal vez; pues aunque Casio
 Le hizo algun daño, á guisa del que pega
 En su locura á su mejor amigo,
 Seguro estoy que recibió él primero
 Del fugitivo ofensa tal, que nunca
 Bastara la paciencia á soportarla.

OT. Tu afecto, Yago, y tu valor te mueven
 A atenüar el hecho, disculpando
 La cólera de Casio.—Casio, te amo;
 Mas ya no puedes ser teniente mio.

Sale DESDÉMONA con acompañamiento.

Ved, á mi amada despertó el tumulto.
 Haré de tí un ejemplo.

DES. ¿Qué sucede?

OT. Todo acabó, mi bien; vamos al lecho.
 En cuanto á vuestra herida, buen hidalgo,
 En mí hallareis un médico. Llevadle.

(Se llevan algunos á Montano.)

Yago, recorre la ciudad, y trata
 De apaciguar al pueblo, á quien la riña
 Alborotó.—Desdémona, partamos.
 Tal es, mi bien, del militar la vida:
 En lo mejor del sueño, una asonada
 Viene á turbarle la quietud preciada.

(Vanse todos ménos Yago y Casio.)

YAGO. ¿Estais herido, mi teniente?

CAS. Sí tal; ni hay cirujano capaz de sanarme.

YAGO. ¡No lo permita Dios!

CAS. ¡Reputacion, reputacion, reputacion! ¡Ay! ¡He perdido mi reputacion! He perdido la parte inmortal de mi sér, y lo que queda es brutal. ¡Mi reputacion, Yago, mi reputacion!

YAGO. A fe de hombre honrado, pensé que habiais recibido alguna herida corporal, lo cual importara más que la reputacion. La reputacion no es sino una vana y engañosísima impostura, que, no pocas veces, se adquiere sin mérito y se pierde sin culpa. No habeis perdido reputacion alguna, á ménos que vos mismo la juzgueis perdida. ¡Animo, hombre! Hay medios para volver á captar la buena voluntad del general. No ha hecho más que desaforaros en un momento de cólera; cuyo castigo os impone más por politica que por malicia; como cuando pega uno á un perro inofensivo con objeto de asustar á un fiero leon: volved á suplicarle, y será vuestro.

CAS. Le suplicaré que me desprecie ántes que engañar á tan buen jefe con un oficial tan liviano, tan borracho y tan indiscreto como yo. ¡Por vida!... emborracharse un hombre, charlar como un loro, y disputar, y fanfarronear, renegar y hablar gordo con su propia sombra!... ¡Oh, espíritu invisible del vino, si aún no tienes nombre alguno por el cual te se pueda conocer, te llamaré demonio!

YAGO. ¿Quién era aquel á quien perseguiais con la espada? ¿qué os hizo?

CAS. No lo sé.

YAGO. ¿Será posible?

CAS. Recuerdo un cúmulo de cosas, pero ninguna con fijeza; sé que hubo una riña, cuya causa ignoro. ¡Dios mio! ¡que se traguen los hombres por la boca á un enemigo para que les

robe el juicio! ¡que nos convertamos así, con gozo, alegría, júbilo y regocijo, en brutos insensatos!

YAGO. Pero ya estais bastante sereno. ¡Cómo habeis recobrado el juicio tan pronto?

CAS. Le plugo al demonio de la embriaguez ceder el puesto al demonio de la ira: un defecto saca otro á relucir, á fin de que acabe de aborrecerme á mí mismo.

YAGO. Vamos, sois un moralista demasiado severo. Teniendo en cuenta la hora, el sitio y el estado de esta tierra, deseara de todo corazon que esto no hubiese sucedido; pero una vez que es así, tratad de enmendar la falta en provecho propio.

CAS. Le solicitaré nuevamente mi empleo, y me llamará borracho. Tuviera yo las bocas de la hidra, y semejante respuesta las tapara todas. ¡Ser ahora un hombre sensato, un momento despues un loco, y luego una bestia!... ¡Oh horror! Cada copa de más que se apura, es una maldicion, y su ingrediente un demonio.

YAGO. Vamos, vamos, que el buen vino es cosa buena y sociable, cuando de él no se abusa; no clameis más contra él.—Creo, mi teniente, que no dudareis de mi afecto hácia vos.

CAS. Tengo pruebas de tu amor. ¡Yo borracho!

YAGO. Vos y cualquiera puede emborracharse una vez en la vida. Yo os diré lo que teneis que hacer. La mujer de nuestro general es hoy la que manda; bien lo puedo decir, puesto que él está embebecido y completamente entregado á la contemplacion, admiracion y adoracion de sus gracias y hechizos. Descubridla francamente vuestro pecho; importunadla, que ella os ayudará á conseguir nuevamente vuestro empleo. Es de condicion tan franca, tan bondadosa, tan dulce, tan bendita, que sin duda tendrá

á desdoro el no hacer más de lo que la pidais; rogadla que entablete este miembro fracturado entre vos y su esposo; y apostaré mi fortuna contra cualquier chuchería, que este rompimiento será parte á estrechar vuestra amistad con el moro.

CAS. Tu consejo es saludable.

YAGO. Os lo doy con toda la sinceridad de mi amor y con la honradez de que es capaz mi buen deseo.

CAS. Lo creo así; y mañana á primera hora suplicaré á la virtuosa Desdémona que se interese por mí. Desespero de mi suerte, si me abandona en este trance.

YAGO. Teneis razon. Buenas noches, mi teniente; tengo que acudir á la guardia.

CAS. Buenas noches, honrado Yago. (Vase.)

YAGO. ¡Y quién podrá decir que soy bellaco?

Honrado y franco es el consejo mio,
 Le digo lo que siento, y en efecto,
 Ese es el modo de ablandar al moro;
 Que es cosa fácil conseguir que ruegue
 Desdémona en favor del desvalido,
 Siendo su causa honrada: es bondadosa
 Más que la misma bendicion del cielo.
 ¡Y qué le ha de costar ganar al moro?
 Aun cuando le exigiera que abjurara
 Su religion, los símbolos y santos
 Preceptos todos de la fe de Cristo,
 Le tiene de tal suerte encadenada
 El alma con su amor, que está en su mano
 Llevarle, traerle, hacer de él á su antojo
 Lo que mejor le plazca: su capricho
 Es hoy el dios que manda en su flaqueza.
 ¡Cómo he de ser bellaco, si aconsejo
 A Casio la conducta que más pronto
 Le ha de llevar al logro de su dicha?
 ¡Diabólica piedad! Cuando el demonio

Quiere lograr sus más perversos fines,
 Empieza seduciendo al alma incauta
 Con gracia celestial, cual lo hago ahora.
 Pues mientras este honrado majadero
 Procure de Desdémona el apoyo,
 Y ella suplique al moro en favor suyo,
 Destilaré en su oreja vil ponzoña:
 Diréla que Desdémona lasciva
 Se afana tanto porque vuelva Casio
 Para saciar su lúbrico deseo;
 Y cuanto más se esfuerce por servirle,
 Tanto será más sospechosa al moro.
 Conseguiré trocar, de tal manera,
 En vicio su virtud, tejiendo astuto
 Con su misma bondad la red infame
 En que juntos caerán.

Sale RODRIGO.

¿Qué hay, pues, Rodrigo?
 ROD. Sigo la cacería, no como el podenco que
 caza, sino como un apéndice al ojeo. Mi bolsa
 está ya casi agotada: esta noche me han zur-
 rado de lo lindo; y creo que el desenlace de
 todo esto será ganar yo alguna experiencia á
 costa de muchos sinsabores, volviéndome luego
 á Venecia sin dinero y con más seso.

YAGO. ¡Pobre de aquel que no posee paciencia!
 ¿Curóse alguna herida de repente?
 No por encanto, por ingenio obramos,
 Que ha menester que demos tiempo al tiempo.
 ¿No marcha todo? Casio te ha pegado;
 Con eso tú le quitas el destino.
 Aunque sin sol la mala yerba cunde,
 La flor temprana es de temprana fruta
 Señal segura. Tu ansiedad aplaca.
 ¡Por vida! ya es de día. ¡Cómo acortan
 Las horas el deleite y los quehaceres!

Véte á tu alojamiento, vé: más de esto
Sabrás despues. Mas, por favor, vé, véte.
(Váse Rodrigo.)

Dos cosas hay que hacer: primero es fuerza
Que apoye mi mujer con su señora
La pretension de Casio: voy á hablarla.
Yo miétras tanto llamo aparte al moro,
Y me encajo con él precisamente
Cuando esté Casio con ardór instando
A su consorte. Así ha de ser. Ahora
Obremos sin tibieza y sin demora. (Váse.)
